

Discurso, poder y razón

Ricardo Viscardi

8

Discurso y Poder

El análisis de la conformación inherente a la discursividad, desde el punto de vista de la complejidad que le es propia, permite distinguir algunos aspectos principales.

Aparece en primer lugar un acontecer intelectual: el discurso organiza la inteligencia de un objeto, da forma y secuencias a la exposición de un saber. En este plano se asocia a toda construcción intelectual, supone una elaboración de elementos lógicos que permiten establecer, exponer y coprobar un cierto conocimiento.

En segundo lugar se evidencia un plano de acción: todo discurso no puede realizarse sino a través de una apoyatura material, verbal o escrita, que implica un punto de partida en determinado quehacer individual o colectivo. Así el discurso adquiere consistencia de acto, superando la mera existencia subjetiva y se concreta más allá de su elaboración, en la medida en que exista la decisión de dirigirlo a los demás.

En tercer lugar conlleva una cierta significación que puede generar la adhesión o el rechazo, la toma de distancia crítica o la aceptación lisa y llana. En tales términos el discurso interpela una estructura subjetiva, que condicionada por la realización de la significación, moviliza valores

ideológicos y determina normas de conducta. De lo anteriormente expuesto se distinguen tres instancias constitutivas de todo discurso:

- una elaboración intelectual
- un plano de acción
- una significación que interpela

Estas instancias definen en su conjunto un campo de observación en el cual puede tener cabida todo discurso. Sin embargo, al resultar independientes entre sí, señalan el contorno del objeto que denominamos discurso, pero no su estructura genérica y singular.

El discurso se define y diferencia porque aquel que toma la palabra o asume la escritura, se identifica a sí mismo en tanto sujeto que significa, *como quien dice algo y para alguien*. Este identificarse a sí mismo no supone la identidad individual, sino la autodefinición de una posición, por medio de la apropiación y personificación del sentido formulado. Este decirse a sí como singular conlleva un diferenciarse de los demás y de una realidad. La distancia asumida pasa a ser el medio apropiado para dar sentido al universo de problemas planteado, porque lo que se afirma o sostiene se asocia y compagina con determinada visión de los demás y de la realidad. Lo sustancial al discurso sigue siendo la presencia de un su-

jeto y sus predicamentos. Ahora, en cuanto esta presencia se estructura para hacer valer una posición ante los demás y el mundo, adquiere el valor de una forma de poder.

Interpelar para convencer

Al afirmar que el discurso desarrolla una forma de poder, estamos ubicándolo dentro de un orden de fenómenos y de experiencias de índole social. Formalmente ocurre así en cuanto todo poder se constituye por medio de relaciones interindividuales, a través de las cuales un acontecer objetivo impone conductas y valores, anuda voluntades y conciencias. Pero en tanto que forma de poder, el discurso no persigue la coacción física o la coerción institucional, su finalidad es otra. No se propone hacer cumplir una norma jurídica mediante la amenaza de sanciones, ni imponer un estado de cosas como mal menor ante perjuicios mayores, sino que para lograr ciertos efectos sobre una situación social dada, su modalidad de poder privilegia la persuasión y la convocatoria.

Ello lo vuelve extraño, en primer lugar, a cualquier medio militar destinado a obtener efectos sociales de acatamiento, aceptación o quietismo. Pero aún lo deja al margen de la normatividad institucional que amenaza con sanciones materiales o simbólicas a todo aquel que no se pliegue

a su dictamen. El discurso, por el contrario, persigue la captación subjetiva de la voluntad individual, mediante la adhesión consciente de índole reflexiva: su objetivo no es vencer, sino convencer.

Este objetivo no puede ser alcanzado sin resultar asociado a los valores y conductas del receptor. Este aspecto de comunicación resulta primordial para la realización del discurso en tanto que forma de poder: lo emitido debe ser admitido por el receptor como parte identificable de su propia experiencia y de sus razones personales. El alcanzar este objetivo supone un efecto de interpelación, al que referíamos en la tercera de las características reseñadas más arriba, sin el cual el discurso ha fracasado inapelablemente. Múltiples razones pueden determinar un fracaso de este tipo: excesiva distancia intelectual o lingüística entre el interviniente y los receptores, mala composición retórica o deficiente performance oratoria, evolución imprevista de los estados de conciencia de los receptores o exagerado vanguardismo del interviniente, pueden incidir, así como otras causas, en el fracaso del objetivo discursivo.

De hecho, numerosos discursos fracasan cotidianamente, muchos de ellos calculadamente, como en el caso del dirigente político que se dirige a sus partidarios, sabiendo de antemano que contará con el rechazo de sus adversarios. Pero en todos los casos nos hallamos ante dos rasgos propios a la situación de comunicación discursiva: el comportar un riesgo de fracaso y el perseguir la captación de la libre adhesión del receptor.

Ideología y Razón

La cuestión fundamental para el Análisis

del Discurso reside en establecer cómo se produce este efecto de interpelación mediante el cual el discurso alcanza su objetivo en otro individuo. Ello supone que el interviniente y el receptor comparten un conjunto de signos que ambos por igual identifican como elementos de una misma estructura de significaciones. Esta última debe mantener una continuidad y cohesión en el tiempo, sin lo cual todo discurso no alcanzaría sino efectos mínimos y reducidos a un ínfimo número de personas.

La estructura estable y coherente de un conjunto de significaciones, conduce a la noción de Ideología, en cuanto ésta se asocia a una cristalización de las formas de representación del proceso social. Pero vinculada al campo de la significación, la noción de Ideología rebasa los dominios estáticos de la creencia o de la estereotipización de conceptos, porque la significación excede la rigidez del símbolo, ya que su actualización reactiva el valor del signo y comporta asimismo una validación inter-subjetiva a través de una situación de comunicación.

En cuanto se activa por medio de la comunicación discursiva, la Ideología escapa a una caracterización de anquilosamiento y retraso, para pasar a vincularse a un funcionamiento dinámico y movilizador. El discurso apunta a estructuraciones ideológicas, pero las alcanza por medio de dinámicas que las rebasan, pues el signo y la significación son también elementos dinámicos de la reflexión y de la razón, de la actividad independiente de la subjetividad individual. En tales términos, esta reactivación de los valores de racionalidad y de representación independiente de una subjetividad individual, pueden fortalecer una ideología, sustituirla por otra alternativa o incluso desestabilizarla, colocándola bajo la predo-

minancia de una crítica liberadora.

Este funcionamiento supra-ideológico del discurso lo distancia de la proclama, del libelo y de toda forma panfletaria de comunicación. En estas últimas, el sujeto y sus predicamentos se confunden con la recepción del receptor, se presupone la adhesión inmediata de este último, lo cual excluye todo argumento de razón y la elaboración de un fundamento de la exposición. Por el contrario, el trabajo de la razón para dar sustento a una propuesta es constitutivo del discurso y su medio natural para lograr la adhesión ideológica. Una ideología resulta así reconstruida por medio de todo discurso que la retoma, en cuanto la forma de conciencia que ella encierra, explayándose en tanto que racionalidad, se despliega a través de su propia interioridad.

Entre los límites que le asignan la Ideología y la Razón se configura la estructura propia al discurso político, que en su especificidad subyace a la materia literaria de todo discurso, pero también se diferencia de otros objetos discursivos de distinta índole.

Subjetividad y Sujeto

El discurso político exige ser demostrado a través de sí mismo, desarrollarse como totalidad bajo una forma racional. Aquello que propone debe ser resultado de su propia fundamentación, ésta debe exponerlo como una elaboración de su propia interioridad. Esta formalidad razonante del discurso nos pasa inadvertida en cuanto nuestra existencia social se encuentra subsumida en esta modalidad de comprensión. Sin embargo, basta contraponerle aquella propia a la Religión, en la cual el objeto propuesto se encuentra sostenido en una creencia a la que permanece exterior,

para calibrar la distancia que media entre la fe y la convicción.

Pese a ello, la Ideología conserva un parentesco con la Religión, dado que en las dos por igual, una subjetividad individual, permaneciendo ajena a sus proposiciones, se vuelve elemento determinante de lo propuesto. En la Religión, esta subjetividad adhiere a una voluntad que reconoce como superior. En la Ideología, ella adhiere a sus mismas proposiciones como si valiesen en tanto que *independientes de sí*.

Este dar lo afirmado por real y verdadero no puede convencer sino en tanto el devenir de un razonar muestra como trascendentes al individuo razonante, como reales y verdaderas, las propias razones expuestas por el mismo individuo. La forma de ocultamiento de sí misma propia a la Ideología, consiste en mimetizarse bajo el procedimiento de la razón, en cuanto todo razonar se presenta con la apariencia de una objetividad, ya que el carácter de real y verdadera es asumida por toda proposición a través de su propia forma.

En su formalización lógica, este discurrir de la razón presenta como trascendentes al individuo, las razones de que éste mismo se vale para componer un juicio. Ya en la antigüedad se demostró que la forma de un razonar, en cuanto se apoya tan sólo en su formalidad, puede conducir al vaciamiento de sus términos, esto es al sofisma. Pero el sofisma puede ser cuestionado en su misma forma, en cuanto debe contar con una conclusión diferenciada como resultado, quedando constituido este último en referencia objetiva.

Al afirmar: "Si Corisco es otra cosa que un hombre, es otra cosa que él mismo, pues es un hombre"; la falacia se inscribe en los mismos términos del razonamiento. Ello, justamente porque se supone que el resultado racional debe consti-

tuirse en referente objetivo, independiente de la forma lógica del razonamiento, adoptando la modalidad de un objeto separado y real.

Sin embargo, la Modernidad constituyó a partir de la cogitación cartesiana la facultad del sujeto de decirse a sí mismo como racional. Es decir, de fundar la realidad y verdad de lo propuesto, en el carácter real y verdadero del *razonamiento que propone*. Desde el momento en que la subjetividad devino en sí misma fundamento y espejo de la ciencia propuesta, las propuestas de un sujeto pudieron tomar carácter de verdad y realidad, de acuerdo al fundamento racional con que el mismo sujeto se autorizara.

Esta facultad adquirida por la subjetividad, de pasar de ser tan sólo escenario del razonar para entrar también en el escenario razonante como protagonista, implicó la capacidad del individuo de autodesignarse como sujeto de su discurso. Ya que si bien el individuo nunca dejó de ser actor de este último, su facultad de fundarlo en tanto que sujeto, no se constituyó sino en el momento en que la Modernidad le atribuyó al razonar subjetivo, que reside sólo en el individuo, el patrimonio de la razón (1).

Este hurto a la Religión del fundamento de la verdad no es menos doloso que la piadosa mentira con que lo religioso encubre como autorizado en el más allá, toda autoridad propia del más acá. Porque si bien todo individuo quedó responsable y autor de su propia versión, quedó también librado a la ilusión de creerse autosuficiente y exclusivo poseedor de su obra. De ahí que diciéndose a sí mismo como protagonista de su razonar, puede estar encubriendo un mero ratiocinio sobre evidencias, una racionalidad que predica sin otro fundamento que sus propias razones.

Este protagonismo del sujeto en tanto que

actor diferenciado del discurso, conlleva una doble existencia de la subjetividad. Por un lado existe como dimensión que produce el discurso, por otro lado, puede desenvolverse ante sí misma como protagonizada por el sujeto. Este desdoblamiento vuelve posible la existencia de la razón como algo propio al ser interior del hombre, permitiéndole a este último enunciar sus proposiciones como propias a sí, pero simultáneamente en tanto que equivalentes a una realidad.

Esta apropiación del valor de realidad por una subjetividad que se presenta a sí misma como fuente de todo conocimiento, implica que el sujeto, en cuanto dice coincidir con la verdad y la realidad de una propuesta dada, pueda ser presentado como verdadero y real, como portador de una *presencia que representa al saber*; ya que todo conocimiento no se funda sino en una subjetividad capaz de validarlo ante sí misma.

De ahí que el sujeto resulte ser, en verdad, un efecto reflejo de la potestad que la Ideología ha confiado a la subjetividad de detentar el patrimonio del saber. En la medida en que ésta debe autoindicarse como fuente y sustento de aquél,

1) "Es esta autonomía del hombre en relación a su destino de pecador que proclama el Renacimiento asignando a su acción la característica de ser "histórica". Desde entonces, los hombres toman a cargo su presente y por lo tanto su porvenir: allí donde la Edad Media veía un mundo creado y gobernado por un Dios único y reputado bueno, el siglo XV y el siglo XVI ven una historia, es decir un decurso humano profano. El Humanismo y la Reforma aparecen entonces como componentes esenciales de esta época que manifiesta precisamente, así, la total inadecuación de su designación "Renacimiento" y, simultáneamente, su dimensión propiamente ideológica". Bajo la Dirección de F. Chatelet, G. Mairat, "Histoire de l'Ideologie", 78, p. 239. Traducción del autor.

debe convalidarse ante sí misma como sabedora, como instancia singular que concreta en el pensamiento la acción de la substancia pensante.

Una escena imaginaria

Desde siempre, la imaginación (2) del ser humano compuso esta presencia a sí de un mundo que gravita entre la realidad y la subjetividad. Pero solamente a partir de la Ideología, este mundo propio a la humanidad se autoproclamó fuente independiente de conocimiento, a partir de lo cual, debió hacer coincidir su palabra con un "hacer saber". Este "hacer saber" es ante todo palabra del individuo a su conciencia, vigilia y corroboración de la coincidencia entre lo pensado y el pensamiento, entre el producto de la razón y su trabajo.

Pero también es autoridad dada a lo enunciado individualmente de valer por la verdad, de pertenecer al dominio universal de la ciencia. De ahí que la autojustificación que la subjetividad hace de su saber, no pueda concretarse sino en el sujeto, que trascendiendo la totalidad hermética del individuo habla de éste en tanto que subjetividad, como siendo palabra que gravita entre el conocimiento y el mundo, entre la verdad y las cosas.

Este rol del sujeto como aquel que media entre el saber y su correlato de realidad, le asigna al mismo sujeto la potestad de "develar", es decir, de retirar el velo que oculta la realidad. Pero como se ha señalado anteriormente, quien "devela" ha sido él mismo propuesto como efecto subjetivo del decirse a sí misma de una subjetividad. Por lo tanto, este sujeto que protagoniza el acto de "develar" la verdad y realidad del mundo, centrando sobre sí las luces del escenario de la razón, deja en completa oscuridad el trasfondo de la escena: la

autojustificación de la subjetividad como propiedad exclusiva de la verdad.

La producción ideológica del Sujeto

En cuanto la matriz del Saber que establece la Ideología, promueve a la subjetividad individual al rango de autora de su propia verdad, recrea esta puesta en escena imaginaria para la cual sólo el sujeto concentra sobre sí las luces de la razón.

En consecuencia, para el régimen de significaciones en que la Ideología enmarca la existencia social de todo individuo, este último no resulta significativo ni significado sino en tanto Sujeto, alguien capaz de enunciar *ante sí mismo* los fundamentos de aquello que fundamenta. Ahora, a través de su propia modalidad intersubjetiva, esta matriz dominante de la comunicación social se vuelve independiente de su significación estrictamente racional. Ello induce, a través del ejercicio de repetición por medio del cual todo individuo asume su socialidad, que el Sujeto ocupe una y otra vez el centro de la escena razonante. Las más de las veces, como efecto reflejo de una matriz dominante, aquella inherente a la determinación del Saber por la subjetividad individual, pero inscribiendo siempre en cada individuo una misma conducta de comunicación social.

Esta conducta consiste en designarse a sí como origen y autor del propio saber, en postular la propia subjetividad como idéntica a un Sujeto que toma la palabra y la "hace saber" en tanto que equivalente a la verdad y la realidad. Este rol puede no ser sino simple reiteración de la palabra dicha por otros muchos, pero el individuo no puede "sujetarla" ideológicamente, sino presentándose a sí mismo como Sujeto que signi-

fica, en tanto que portador de un mensaje singular (3). Por lo cual, todo individuo que se autoindica como Sujeto, en tanto que haciendo un uso singular de la palabra, en cuanto se inscribe a sí

(2) Para Jacques Lacan, quien prosigue observaciones de Freud, la facultad del imaginario en el hombre es producto del carácter prematuro de su nacimiento, lo cual determina una incoordinación motriz propia al niño en sus primeros meses de vida. Esta insuficiencia será suplida por el desarrollo de otras funciones cerebrales, pero ello determina, asimismo, la dependencia del niño respecto a sus padres y especialmente, a la propia imagen de sí que le es dada por otro, particularmente observable en la relación que mantiene con su propia imagen ante un espejo.

Sólo esta imagen dada por otro, le permite completar el carácter segmentado de su experiencia psíquica, producto de la incoordinación motriz que resulta de un condicionamiento constitutivo.

Ahora, si el psiquismo humano se encuentra desde siempre subordinado a esa matriz simbólica de su identificación con el otro, que toma el carácter de inconsciente al inscribir al individuo en una existencia ajena, este inconsciente no se realiza psíquicamente sino en tanto que relación especular con la imagen del otro. Esta relación que se concreta enteramente en el psiquismo individual, implica la captura del objeto del deseo como parte de una escena imaginaria, que no se constituye sino como efecto de la dependencia inconsciente originaria. Lacan, Jacques, "Écriture I", particularmente "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du se". Ed. du Seuil, Paris, 1966.

(3) Para definirnos este funcionamiento efectivo de la Ideología en la interpelación, Althusser acude al ejemplo de lo que denomina "Ideología Religiosa": "Y el Señor llamó a Moisés: "¡Moisés!". "¡Soy yo!" dijo Moisés, "¡yo soy Moisés tu servidor, habla y yo te escucharé!" y el Señor habló a Moisés y dijo: "Yo soy el que Soy"".

Althusser, Louis; "Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado"; Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

mismo en la matriz ideológica de la comunicación social, inscribe en esta misma matriz a todo otro individuo. En consecuencia, la palabra tomada por un individuo en tanto que Sujeto, *se dirige a todo otro individuo en tanto que sujeto para quien se significa.*

Esta interpelación es realizada, en cada in-

dividuo, por su capacidad imaginaria de presentarse a sí como único origen de su saber y conlleva como consecuencia, que todo aquel que repite sin la menor originalidad una posición dada, ejerce esta repetición como si lo dicho le perteneciera de forma original y creadora. Este decirse de los individuos como sujetos, como quien dice

algo y para alguien, convirtiendo a todo individuo en alguien para quien se dice, reproduce socialmente la Ideología. Pero también permite diferenciar aquello que en la significación ideológica es puro repetir, de lo que conforma un posicionamiento alternativo de una problemática particular.